

LA HEROÍNA DEL DOLOR

A LA SEÑORA CARMEN ROMERO RUBIO DE DÍAZ

Por una angosta vereda
 Que cruza entre las montañas
 Que por el sur de Jalisco
 Forman gigante muralla,
 Caminando paso á paso,
 Al despuntar la mañana,
 Van en sus dóciles potros
 Que de fuertes tienen traza,
 Un oficial embozado
 En vieja y oscura capa,
 Una mujer bella y joven
 Con un niño que amamanta

Y un asistente que sigue
 De la pareja la marcha.
 Risueña nace la aurora,
 Alegres las aves cantan,
 El viento cruza tan manso
 Que no estremece las ramas;
 Sonoro rumor se escucha
 De las distintas cascadas,
 Y la tierra humedecida
 Con las lágrimas del alba
 Entre el tupido follaje
 Ligeras brumas levanta.

Por el azul de los cielos
 Atraviesan las bandadas
 De mirlos y colorines,
 De tordos y guacamayas.

Van alegres los viajeros
 Y al compás de las pisadas
 De los caballos, sostienen
 Festiva y sabrosa charla.
 — Mira qué grandes, qué bellos
 Tiene los ojos, — exclama
 La mujer mirando al niño: —
 Si ya con los ojos habla;
 Mira qué oscuro es su pelo,
 Sus manecitas qué blancas,
 Y esa sonrisa tan dulce
 Que llega al fondo del alma.
 ¿No confiesas que es hermoso?

Y el oficial que no aparta
 Del bello grupo la vista,
 Responde con risa franca
 Que la ternura denuncia
 Y el buen carácter delata :
 — Por fuerza debe ser bello
 Si tiene mi misma cara;
 Es retrato de su padre
 Y hasta los ciegos lo cantan. —
 Alzó la joven el rostro,
 Y lanzando una mirada
 Más traviesa que burlona :
 — Sí, tu retrato le llamas,
 Contestó, porque no has visto
 En un espejo tus gracias. —
 Y como dando la prueba
 De que mienten sus palabras,
 Acaricia del marido
 La lengua y sedosa barba.
 El sol se va levantando;
 De los montes en la falda
 Las nieblas desaparecen
 Y se agrupan en las palmas
 Buscando la fresca sombra
 Las aves en las cañadas.
 Sigue el grupo su camino
 Mas ya con penosa marcha,
 Que baja lumbre del cielo
 Y el suelo despide llamas.

La madre al niño procura
 Defender del sol que abrasa,
 Formándole frágil toldo
 Con tela ligera y blanca.
 El oficial va cual antes
 Sin soltar ni la bufanda,
 Pues toma por buena regla
 « Para buen sol buena capa. »
 El soldado indiferente
 Silbando el toque de marcha
 Sigue cual si no sintiera
 Temperatura tan alta.
 Él se apellida Lozano;
 Ella, Matilde se llama,
 Y el asistente responde
 Al nombre de Juan Zapata.

||

De improvisto los caballos
 Detiéndense y con recelo
 Alzan la cabeza y mueven
 Ambas orejas á un tiempo.
 El oficial y el soldado
 Comprenden cercano riesgo,
 Los dos empuñan las armas

Y con ademán resuelto
Saltan entre la maleza
Límite del bosque espeso.
No bien un palmo adelantan
Cuando salen á su encuentro,
Cual brotando de la selva,
Audaces, terribles, fieros,
Los cazadores franceses
Que allí estaban en acecho.

Es la resistencia inútil,
Que en gran número son ellos,
Y tan de prisa se llegan
Que cercan en un momento
Al oficial y á Zapata
Intimándoles soberbios.
El uniforme denuncia
Á Lozano y sin remedio
Tiene que entregar sus armas
Y darse por prisionero.

Muda de asombro, temblando,
Con el rostro descompuesto,
Las lágrimas en los ojos
Y apretando contra el seno
Al niño, cual si quisiera
En ella misma esconderlo,
Matilde mira á su esposo,
A los soldados y al cielo
Y ni tiene una plegaria
Ni una queja, ni un lamento.

En tanto, de los caballos
Hacen bajar á los presos,
Y en medio de los franceses
Y sin ningún miramiento,
Se encamina la columna
Buscando el vecino pueblo
Y tras ella pensativa
Sigue Matilde en silencio,
Que nadie de ella se ocupa
En tan aciagos momentos.

Una madre abandonada
En un camino desierto,
Con un niño entre los brazos,
Llevando dentro del pecho
El corazón oprimido
Por el dolor más intenso,
Podrá conmover sin duda
El ánimo más sereno;
Pero en medio de las luchas
Y cuando sopla el aliento
De los combates, en vano
Fuera buscar un consuelo
En marciales corazones
Templados á sangre y fuego.

III

Prisionero está en Colima
 El comandante Lozano
 Y en la pobreza Matilde
 Vive su prisión llorando.
 Tiene en peligro la vida
 El jefe republicano,
 Pues de cuantos han caído
 A ninguno han perdonado,
 que Berthelín que allí manda
 Debe en justicia á sus actos
 Los renombres que le siguen
 De implacable y sanguinario.

Matilde ocupa una casa
 En un apartado barrio,
 Mas por desgracia esa calle
 Es el camino marcado
 Para llevar diariamente
 Las víctimas al cadalso.

Y así, todas las mañanas
 Luego que suenan las cuatro,
 Oye Matilde que llevan
 En las sombras los zuavos
 A una plazuela cercana
Los mártires sentenciados.

Escucha á pocos instantes
 El sonar de los disparos
 Y luego vuelve la escolta
 Los cadáveres dejando
 Que el cura siempre recoge
 Cuando el sol está muy alto.
 En horrible incertidumbre,
 Con el pecho destrozado,
 Cada mañana Matilde
 Escucha llena de pismo,
 Cuando pasa la columna
 A los mártires llevando ;
 Cada mañana supone
 Que va con ellos Lozano,
 Y al escuchar las descargas
 Nubla sus oios el llanto
 Y con voz entrecortada
 Pone al niño en su regazo,
 Y acercándolo á su rostro
 Le dice, bajo, muy bajo :
 — « ¡Hijo del alma, quién sabe
 Si á tu padre habrán matado! »
 Se pone luego en acecho
 Y al regresar los zuavos,
 Cuando siente que se alejan
 Y queda en silencio el barrio :
 Coge un farol y le oculta,
 Toma al niño entre sus brazos,
 Abre con temor la puerta,

Ve la calle con espanto,
 Y trémula y conmovida
 Dirige el incierto paso
 Hasta el lugar en que yacen
 Los muertos abandonados. .

.
 Lanza su rojiza lumbre
 Tras de los vidrios opacos,
 El farolillo que tiembla
 De la mujer en la mano.
 Hirsuto el negro cabello,
 De las órbitas saltando
 Los ojos como dos ascuas
 Ve Matilde, paso á paso,
 Uno por uno, los rostros
 Por el plomo destrozados.
 Hunde las desnudas plantas
 De tibia sangre en los charcos,
 Y ni el terror la detiene
 Ni la domina el espanto.

Inclinase y delirante
 Va cada rostro mirando,
 Y si en alguno las huellas
 Del proyectil han borrado
 Las facciones, si la sangre
 Oculta todos los rasgos,
 Valerosa se arrodilla
 Y con atrevida mano

Lo enjuga, aparta el cabello,
 Y su audacia llega á tanto
 Que á muchos abre los ojos
 Claras señales buscando.

Cuando queda satisfecha
 De que no ha muerto Lozano,
 Se arrodilla, eleva al cielo
 Cortándola con su llanto,
 La más ferviente plegaria
 Que alzó pecho atribulado.

Vuelve en seguida á su casa,
 Pasa en terribles trabajos
 Las horas, llega la noche,
 Escucha sonar las cuatro
 Y otra vez la misma escena,
 Y sin tregua ni descanso
 Uno tras otros los días
 Va en esta angustia pasando;
 Así transcurren los meses,
 Está su cabello blanco,
 Está su faz demacrada
 Donde abrió surcos el llanto,
 Y ya una anciana parece
 Y cuenta veintitrés años.

IV

Una noche tenebrosa,
 En que ruda la tormenta
 Sobre la ciudad bramando
 Hace estremecer la tierra,
 Y las ráfagas del viento
 Hondos gemidos remedan,
 Y el relámpago se enciende
 Rasgando la sombra densa
 Y se desata en raudales
 De lluvia la nube negra;
 Tan turbada está Matilde,
 Tan turbada y tan inquieta
 Que la tempestad de su alma
 A la del cielo semeja.

Quiere rezar y no puede,
 Quiere llorar y están secas
 De sus lágrimas las fuentes,
 Que las agotó la pena.

Quiere quejarse y palabras
 Por más que busca no encuentra
 Al niño toma en sus brazos
 Y cual si suyo no fuera,
 Como perdido entre nubes
 Con vaguedad lo contempla

Y siente que le abandonan
 La voluntad y las fuerzas,
 Y que su razón vacila
 Y que su sangre se hiela.

Así queda largo tiempo
 Como estatua muda y quieta,
 Mas de improviso se yergue,
 Alza el rostro, escucha atenta
 Y se convence temblando
 De que ya las cuatro suenan.

Reina en la calle el silencio,
 Ha cesado la tormenta
 Y se oye sobre las charcas
 Las pisadas que se acercan
 De las tropas que caminan
 A la ejecución sangrienta.
 Matilde cobrando aliento
 Va con sigilo á la puerta
 Y quiere por las rendijas
 De la gastada madera
 Contemplar á los que pasan,
 Pero la sombra es tan densa
 Que en vano lanza cual dardos
 Sus miradas hacia fuera,
 Y sólo descubre bultos
 Iguales, fantasmas negras,
 Que saliendo de unas sombras

En otras sombras penetran.
 Ella detiene el aliento
 Mientras pasan y se alejan,
 Y ni á respirar se atreve,
 Inmóvil, como de piedra,
 Hasta que escucha á lo lejos
 Como las descargas suenan.

Entonces lanza un gemido;
 Nunca tan honda su pena
 Sintió como en esa noche
 De agonía y de tormenta.

Cuando de vuelta la tropa
 Quedó la calle desierta,
 Matilde, cargando al niño,
 Corre á la plaza siniestra,
 Y su agitación es tanta
 Que á cada paso tropieza.

Llega hasta el lugar terrible,
 Y loca, convulsa, ciega,
 Con avidez y con ansia,
 Al fulgor de su linterna
 Mira un cadáver tendido
 Sobre la mojada hierba.

Cuando la luz amarilla
 Baña la faz descompuesta,
 Matilde lanza un profundo
 Grito y se desploma yerta.



Cuando el sol de la mañana
 Bañó montes y collados,
 Y fué á buscar á los muertos
 El cura humilde del barrio,
 Descubrió con gran asombro
 Estrechamente abrazado
 El cadáver de una dama
 Al cadáver de Lozano,
 Y junto al fúnebre grupo,
 Llorando en el triste campo,
 Un niño que apenas muestra
 Tener de existencia un año.

EL CANJE DE PRISIONEROS

A la memoria del immaculado Caudillo de la Independencia

GENERAL VICENTE GUERRERO

PRIMERA PARTE

LOS DOS PADRES

I

En la ciudad opulenta
Que fué en los tiempos de antaño,
Residencia de virreyes,
Orgullo de los vasallos
Y emporio de las riquezas
De este suelo mejicano,
Dondé aztecas y españoles
Levantaron sus palacios;
Una mañana de invierno,

Al ir teneciendo el año,
Que contó sesenta y cinco
Del siglo que va expirando,
Conversaban tristemente
Haciendo corte á un anciano,
Un grupo de caballeros
Con semblantes consternados.

Era el viejo de estatura
Elevada y rostro franco,
Con bien marcadas señales
De ser antiguo soldado;
Por sus rugosas mejillas,
Sobre sus marchitos labios,
Como dos sirtes de plata
Bajaba el bigote cano.

De sus miradas el brillo
Eclipsaban á su paso,
Lágrimas mal recogidas
Con seca y trémula mano,
Que algunas veces mojaban
Un pecho condecorado
Con la cruz más envidiable
Que registran nuestros fastos;
La que tiene en el anverso
Con áureas letras grabado:
Treinta contra cuatrocientos,
En medio de un verde lauro.
Y al empaparla unos ojos
Que han visto el sol setenta años,

Prueban que dolor inmenso
Hace verter ese llanto.

Por eso los que acompañan
En su plática al anciano,
Están ceñudos y tristes
Y mudos y consternados.
— Es una maldad sin nombre,
Les dice, ¡joven! ¡gallardo!
¡Hijo querido!... no puedo
Resignarme... ¡fusilarlo
Con tan bellas esperanzas!
¡Tan bueno! ¡me quiso tanto!
Cuántas veces pequeñito
Al tenerle entre mis brazos,
Pensé, temiendo estas cosas:
Antes muerto que soldado;
Y ya lo veis, el destino,
La mala suerte, el acaso,
A tener un fin tan triste
Bien pronto le condenaron.
¿Por qué me sobra la vida?
¡Yo en su lugar! está claro. —
Y anudada su garganta
Sigue en silencio llorando,
Y están sin brillo sus ojos
Y están trémulas sus manos
.
En aquella escena muda
Transcurre así largo rato

Hasta que haciendo un esfuerzo
Más que grande sobrehumano,
Levanta el rostro y procura
Manifestarse calmado,
Y como claras señales
De que se domina dando
Dice á los que le acompañan,
Viendo venir á caballo
A un hombre que se aproxima
Hacia el grupo, paso á paso:
— Cuando perdemos un hijo
Ó algún otro ser amado,
Su figura nos recuerdan
Muchos de los que encontramos;
Por ejemplo, aquel que viene
Dijera que es el retrato,
El hombre más parecido
Al hijo que allá en Huetamo
En unión de tantos belgas
Fusiló Riva Palacio! —

Y aquí, ya sin contenerse
Bajó su rostro el anciano,
Y sin poder reprimirlo
Volvió á sus ojos el llanto.

Como al cruzar de los tiempos
Se abate el roble cansado,
El roble que enantes pudo
Burlar el golpe del rayo;
Ese hombre que triste llora,

Ese antiguo veterano,
 Fué en otros tiempos temible,
 Bullicioso, alegre, osado;
Don José Miñón que tiene
 Un nombre en fama muy alto,
 Y que de los generales
 Es ya sin duda el decano.
 Por eso los que le miran
 En esa edad y llorando,
 Están ceñudos y tristes
 Y mudos y consternados.

II

De las toscas herraduras
 Se escucha entonces cercano
 El duro golpe que anuncia,
 Que llega precipitado
 El jinete que al mirarle
 Ha conocido al anciano.
 « ¡Padre! ¡Padre! » grita alegre,
 Á tierra veloz saltando
 Y con raudo movimiento
 Alzándole entre los brazos.
 Torna el viejo la cabeza,
 Quiere hablar, queda callado,
 Abre aturdido los ojos

Entre risa y entre pasmo;
 La cabeza del mancebo,
 Oprime con ambas manos,
 Besa trémulo su frente
 Y baña su rostro en llanto.
 Reina un silencio solemne,
 Silencio sólo turbado
 Por los sollozos convulsos
 Que brota el pecho de entrambos.
 Los del grupo enternecidos,
 Absortos ante ese cuadro
 Húmedos tienen los ojos
 Y la sonrisa en los labios.
 Por fin el padre pregunta
 Con acento entrecortado :
 — ¿Cómo vives? ¿á quién debo
 Tal prodigio, tal milagro?
 ¿Cómo si todos han muerto
 Puedo mirarte á mi lado?
 — ¿Quién ha muerto padre mío?
 De todos los que en Huetamo
 Estábamos prisioneros,
 Á ninguno fusilaron...
 — ¡Á ninguno! — Sí, á ninguno.
 — Pues de Guerra el Secretario
 Parte oficial ha tenido...
 — El parte oficial es falso;
 Para proponer un canje
 Vengo yo comisionado...

— ¿Un canje? — Sí; ya usted sabe,
 Que reunidos en Zirándaro
 Los prisioneros de guerra,
 Bajo palabra quedamos
 Sin más custodia en el pueblo
 Que nuestro honor empeñado
 Una mañana supimos
 Que en Uruápam fusilaron
 Los imperiales á Arteaga,
 Á Salázar y otros varios.
 Nos conmovió la noticia,
 Y temimos consternados
 Que espantosa represalia
 Allí pudiera orillarnos
 Á igual suerte, y aturdidos
 En aquel terrible caso,
 Los oficiales y jefes
 Belgas, conmigo contando,
 Salimos luego del pueblo
 Y á poco nos encontramos
 Á orillas del Zacatula
 Y sin conocer el vado.
 Vimos un bote, fué nuestro,
 Y saltando en él, bogamos,
 Con la esperanza ilusoria
 De llegar al Oceano.
 Conocida nuestra fuga
 Nos tendieron nuevos lazos,
 Y antes de mediar el día,

Al tocar en un remanso
 Nos hicieron prisioneros
 Y nos formaron el cuadro,
 Por ser orden terminante
 Prendernos y fusilarnos.
 Era el momento supremo,
 Y nosotros resignados,
 Á Dios levantando el alma
 La voz de fuego esperamos.
 Mas de repente rompiendo
 Por el bosque enmarañado,
 Llega un oficial á escape
 En un soberbio caballo
 Y anhelante, á voz en cuello
 ¡Indulto! ¡indulto! gritando.
 Era el que daba tal grito
 El comandante Velasco,
 Que á escape y sin detenerse
 Llegaba desde Huetamo.
 Allí por nuestra fortuna,
 Á tiempo que nos fugamos,
 Llegó el General en Jefe
 Que la vida me ha salvado.
 Sabiendo lo que ocurría
 Mandó suspender el acto,
 Y que á todos nos llevaran
 En el momento á su lado.
 Veloz corrió el ayudante,
 Y si no se afana tanto,

La existencia nos costara
 Un minuto de retardo.
 Nos pusieron luego en marcha
 Y tres horas caminamos,
 Llegando en la misma tarde
 Al campo republicano.
 Le di al General mi nombre
 Y tendiéndome la mano,
 Exclamó : ¡su nombre abona
 Que es caballero y soldado!
 Y pruebo la confianza
 Que su aspecto me ha inspirado
 Encomendándole lleve
 Hasta Méjico un encargo :
 « Libre va usted, que le entreguen
 Armas, dinero y caballos
 Y al romper mañana el día
 Partirá usted de Huetamo
 Lleva usted en estos pliegos
 Que no le entrego cerrados
 La suerte de muchos hombres
 Que no quiero fusilarlos.
 En esa nota propongo
 Á Bazaine, un canje franco,
 Mis prisioneros me entrega
 Y yo los suyos le mando.
 Responden al cumplimiento
 Y á la fe de este tratado,
 Como jefe mi palabra,

Mi honor como mejicano.
 Á Méjico llega y antes
 De hablar con nadie, á caballo,
 Sin sacudirse ni el polvo
 Ni procurarse descanso,
 Al Mariscal le presenta
 Esos pliegos que le mando
 Y sé que si usted no vuelve
 Será porque le han matado. »
 — Señor, contesté, yo acepto
 Con orgullo tal encargo,
 Iré, cumpliré y muy pronto
 Me tendrá usted á su lado.
 « Jamás contra mi partido
 Combatiré, pero grato
 Hallará usted en mí siempre
 Un hijo, nunca un soldado. »
 Al rayar el nuevo día
 Me halló libre y caminando,
 Y tras de cinco jornadas
 Estrecho á usted en mis brazos. —
 Ya no pudo contenerse
 En su emoción el anciano,
 Y volvió, pero de gozo,
 Á dejar correr su llanto.
 — ¿Quién es ese jefe, dijo,
 Tan noble y tan esforzado?
 Quiero que suene su nombre
 Como oración en mis labios.

— Ese jefe usted lo sabe,
 Tiene en Michoacán el mando
 Del Ejército del Centro :
 ¡Vicente Riva Palacio! —
 El viejo, entonces, asiendo
 Al mancebo de la mano,
 — Ven, le dice, ven conmigo.
 — No puedo, señor, yo traigo
 Orden de no hablar con nadie
 Hasta entregar...

— Yo lo mando...

— Pero padre...

— Nada escucho.

— A mis instrucciones falto.

— Como padre y como jefe
 Te lo ordeno.

— Entonces, vamos. —

Pensativo va el mancebo,
 Orgullosa el veterano,
 Tras ellos el asistente
 Conduciendo los caballos;
 La gente al mirarlos piensa
 Que es algún comisionado
 Y ellos ligeros caminan
 Sin hacer á nadie caso.

Llegan por fin á una casa,
 Cruzan el extenso patio,
 Y suben las escaleras
 Hasta la sala llegando.

Allí encuentran departiendo
 Con otros en el estrado,
 Á un caballero que muestra
 Genio afable y muchos años.
 Sin saludarle siquiera
 Dice el que llega : — Mariano,
 Aquí tiene usted á un hijo;
 — Y luego al joven mostrando : —
 Éste es el padre, le dice,
 Del hombre que te ha salvado.

El joven enternecido
 Besa del otro la mano,
 Después en pocas palabras
 Se refiere el tierno caso,
 Y se abrazan los dos viejos
 Enternecidos llorando.

Uno ver puede á su hijo
 En Méjico y á su lado;
 El otro al suyo no ha visto
 En largos y tristes años,
 Pero allí se sienten todos
 Tan contentos, tan ufanos,
 Que parece que el ausente
 En espíritu ha llegado.

III

Han corrido tres semanas,
 Y al campo republicano
 El joven Miñón retorna
 Satisfecho de su encargo;
 Que Bazaine admite el canje
 Y está completo el tratado
 Y el que salió prisionero
 Vuelve ya como un hermano
 El cariño de dos padres
 Trayendo al jefe en sus brazos.

Refirió allí las escenas
 De Méjico, entusiasmado,
 Conmovió los corazones,
 Y al oírle los soldados,
 Orgullosos se sintieron
 De llamarse mejicanos.

¿Qué laurel más envidiable
 Ni qué timbre máspreciado,
 En los fastos de su historia
 Buscará Riva Palacio,
 Que las tiernas bendiciones
 De aquellos nobles ancianos?

Hoy que duermen en sus tumbas,
 Hoy que han corrido los años,

El libro de la experiencia
 Le dirá al viejo soldado
 Que vale mas ne la vida
 Quitar un hombre al cadalso
 Que vivir siglos en bronces
 Humedecidos con llanto.